

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

FACULTAD DE PSICOLOGÍA



Universidad
Nacional
de Rosario

TÍTULO: LO MATERNO EN DISPUTA: TRAGEDIA,
PSICOANÁLISIS Y FEMINIDAD.

MODALIDAD: ENSAYO

AUTORA: SOFÍA JAZMÍN MOLINA MARTÍNEZ

DNI: 39.444.770

LEGAJO: M-5473/9

DOCENTE RESPONSABLE: DR. SEBASTIÁN
GRIMBLAT

AÑO: 2025

Agradecimientos.

A mi familia. Los de allá y los de acá. Los que me vieron crecer y los que me vieron florecer. Sin ellos no podría haber transitado el espacio universitario. Por el apoyo incondicional, en todos los sentidos. Gracias totales.

A las beibis, que sostuvieron siempre con el más incondicional de los amores.

A mi abuela, por el empuje y la paciencia.

A floki.

ÍNDICE

• Agradecimientos	2
• Resumen	4
• Introducción	5
• Desarrollo	
I. Edipo y el eco de la tragedia: Freud frente al mito	8
II. Entre Yocasta y Clitemnestra: figuras de la madre imposible	9
III. La sombra de la envidia: lo materno en clave kleiniana	13
• Conclusiones	17
• Bibliografía	19

Resumen

Este ensayo se propone indagar el lugar de la figura materna en el psicoanálisis freudiano y sus derivas contemporáneas, a partir de la lectura de dos tragedias griegas fundamentales: *Edipo Rey* y *Electra*. A lo largo del recorrido, se construyen dos categorías teóricas —la madre asesina y la madre asesinada— que permiten pensar las tensiones entre deseo materno, ley patriarcal y subjetividad femenina. La lectura de Yocasta, a partir de León Rozitchner, abre la posibilidad de concebir a la madre asesina como aquella que, en su silencio u obediencia, se convierte en engranaje de un orden sacrificial. Por su parte, la figura de Clitemnestra permite elaborar la noción de madre asesinada: aquella que, al transgredir los límites del deseo femenino, es castigada con la muerte. Estas categorías se complejizan con el aporte de Melanie Klein, quien sitúa la envidia como afecto originario y estructurante del vínculo con el objeto materno, mostrando la ambivalencia de amor y odio que lo recorre desde sus inicios. De este modo, el trabajo articula mito, tragedia y teoría psicoanalítica para iluminar la persistencia de lo materno como enigma y como campo de disputa simbólica. En un contexto atravesado por los debates feministas contemporáneos, revisar estas figuras permite cuestionar los relatos heredados sobre la feminidad y abrir la posibilidad de pensar maternidades y subjetividades menos condenadas a la renuncia o al castigo.

Palabras claves: Psicoanálisis – Tragedia griega – Figura materna – Feminidad – Envidia

LO MATERNO EN DISPUTA: TRAGEDIA, PSICOANÁLISIS Y FEMINIDAD.

INTRODUCCIÓN

En el contexto de los cuestionamientos sociales contemporáneos que se generaron en nuestro país, los movimientos feministas populares han cobrado fuerza como portavoces de reivindicaciones históricas que arrastran décadas de lucha. Un punto de convergencia entre el feminismo —como movimiento social y político— y el psicoanálisis —como teoría crítica de su época— radica en el cambio de perspectiva respecto del lugar de la mujer en la sociedad. Mientras el feminismo busca ampliar el horizonte de derechos e igualdad en múltiples planos, el psicoanálisis introduce una mirada sobre la identidad femenina dentro del desarrollo sexual, diferenciándola del trayecto masculino. Ambas corrientes, desde distintos lenguajes, apuntan a interpelar los discursos dominantes y propiciar transformaciones sociales.

En este marco, retomaremos la problemática freudiana en torno a la feminidad, abordando especialmente la noción de complejo de Edipo. Consideraremos este concepto no solo como núcleo estructurante de la neurosis, sino como clave de lectura de las diferencias en la inscripción del deseo según el sexo. Desde la figura de la madre como primer objeto de amor y siguiendo la línea de la diferencia anatómica de los sexos, Freud (2020d) anticipa que el complejo de Edipo, como momento del desarrollo sexual infantil, se manifiesta de forma diferenciada en el niño y en la niña. En términos generales, dicho complejo puede definirse como un entramado de deseos amorosos y hostiles que el niño —y también la niña— experimenta respecto de sus progenitores: deseo sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y deseo de eliminación hacia el del mismo sexo (Freud, 2020g).

Resulta particularmente fecundo el enfoque del filósofo argentino León Rozitchner, quien problematiza la idea de un Edipo universal como estructura invariable de las relaciones parentales. Su cuestionamiento a la triangulación edípica clásica es uno de los ejes que nos proponemos tensionar en este trabajo. En especial, nos interesa recuperar un aspecto apenas introducido por Rozitchner pero no desarrollado: la figura de una madre asesina, formulada por él de forma implícita a través de su lectura de Yocasta. A partir de esta línea, proponemos construir teóricamente dicho concepto desde nuestra propia lectura, articulando la tragedia de Edipo con desarrollos psicoanalíticos contemporáneos.

Retomamos aquí la lectura que León Rozitchner hace de la tragedia de Edipo en *Edipo cristiano, Edipo judío* (1999), donde reubica el lugar de Yocasta dentro de la trama familiar. Allí, la figura materna deja de ser un personaje secundario o pasivo para asumir un rol central: el de aquella que, para no interferir en el poder del padre, no interviene frente a la orden de muerte de su hijo. A partir de esta interpretación, proponemos el concepto de “madre asesina” como categoría teórica, con el fin de interrogar el lugar de la madre en la economía edípica y su estatuto dentro del inconsciente. Aunque esta figura está esbozada en Rozitchner, no recibe el desarrollo sistemático que consideramos necesario.

Asimismo y como contraparte simbólica de esta figura, introducimos el concepto de “madre asesinada”, inspirado en la tragedia de Electra (2014). En esta obra —menos explorada en el campo del psicoanálisis— se presenta una estructura dramática centrada en los personajes femeninos, particularmente en la relación conflictiva entre Clitemnestra y su hija Electra. Clitemnestra, acusada de asesinar a su

esposo Agamenón en complicidad con su amante, es finalmente asesinada por sus hijos, en un acto de venganza. Esta tragedia nos permite elaborar la figura de la madre asesinada como nuevo objeto teórico, que se articula dialécticamente con la madre asesina dentro de la dinámica edípica.

La teoría de la sexualidad es imprescindible para este trabajo porque constituye el eje que permite articular las figuras maternas que abordamos —la madre asesina y la madre asesinada— dentro de la lógica edípica. Sin una concepción estructural de la sexualidad, no sería posible pensar la función materna en su complejidad: como primer objeto de amor, como lugar de identificación y como figura atravesada por deseos ambivalentes de amor y de odio. Freud señala que la diferencia entre la sexualidad masculina y femenina no es simétrica ni natural, sino conflictiva y mediada por renunciaciones y resignificaciones, lo que hace que la posición femenina sea especialmente enigmática en la teoría. En este sentido, la figura de la madre no puede ser pensada sólo desde su rol familiar, sino desde su lugar en la economía libidinal del sujeto, en tanto objeto que se desea, se pierde, se idealiza o se ataca. Tanto en la tragedia de Edipo como en la de Electra, estas tensiones se condensan dramáticamente. Por eso, la teoría de la sexualidad permite situar las operaciones inconscientes que subyacen a estas narrativas y elaborar, desde allí categorías que interrogan el deseo, la maternidad y la diferencia sexual. Ya en “Tres ensayos para una teoría sexual”, Freud (2020f) anticipa la “oscuridad todavía impenetrable” (p.137) que rodea la sexualidad femenina, atribuida tanto a factores culturales como a convenciones sociales de reserva e insinceridad. Este punto ciego señalado por Freud abre la puerta a nuevas elaboraciones dentro del campo psicoanalítico. Es en este margen teórico, donde lo no dicho se vuelve fecundo que autoras como Melanie Klein retoman y reformulan las premisas freudianas, ofreciendo una lectura más compleja de los afectos involucrados en la constitución subjetiva.

En los textos freudianos, la envidia del pene aparece como una respuesta estructural en la constitución de la sexualidad femenina, efecto directo de la falta respecto a la posesión del falo. Este rasgo, que Freud identifica como específicamente femenino, delimita una diferencia central en el modo en que niños y niñas transitan el complejo de Edipo. Sin embargo, para Klein, tal como indica en su libro *Envidia y Gratitud* (2004) la envidia no se reduce a una reacción frente a la diferencia anatómica, sino que forma parte de una relación temprana y estructurante entre el yo infantil y sus objetos primarios, especialmente la madre. Así, la envidia se convierte en una emoción basal, presente en todo ser humano, que surge ante la percepción de un objeto bueno —nutriente, dador de placer— al que se desea poseer pero también dañar, por no poder apropiarse completamente de él. Este giro conceptual permite pensar la envidia como un afecto fundamental en la economía libidinal, que atraviesa tanto las relaciones objetales como las configuraciones del deseo.

Desde esta perspectiva, el objeto materno se presenta en una ambivalencia constitutiva: puede ser amado, idealizado, pero también atacado, escindido y proyectado como fuente de angustia. Esta doble cara de la madre —nutricia y persecutora— permite articular nuestras categorías de “madre asesina” y “madre asesinada”, en tanto configuraciones simbólicas de esa ambivalencia. La madre asesina condensa el temor arcaico a un objeto invasivo, que priva y castiga; la madre asesinada, en cambio, condensa el odio defensivo hacia ese objeto idealizado que no colma, que falla, que es deseado y a la vez expulsado. Klein describe este movimiento a través de la transición entre las posiciones

esquizoparanoide y depresiva, donde el yo infantil debe integrar que el objeto amado y el objeto odiado son, en realidad, el mismo. Esta tensión fundante en la relación con la madre encuentra en el mito y en la tragedia un espacio de representación simbólica privilegiado, desde donde el psicoanálisis puede leer tanto la estructuración del deseo como las huellas del conflicto inconsciente.

Así, el presente trabajo se propone, por un lado, partir de la teoría sobre la sexualidad femenina desde una perspectiva que recupere tanto los aportes clásicos como sus revisiones contemporáneas; y, por el otro, reivindicar el valor de las tragedias como matriz simbólica capaz de interpelar interrogantes aún vigentes. A través de los mitos de Edipo y Electra, nos abrimos a la posibilidad de pensar la femineidad contemporánea desde una doble figura materna: aquella que asesina y aquella que es asesinada.

DESARROLLO

I. Edipo y el eco de la tragedia: Freud frente al mito

Es bien conocido el gusto que tenía Freud por la literatura, una afición que no solo fue personal, sino que dejó una huella profunda en la construcción de su teoría. A lo largo de su obra, el padre del psicoanálisis se sirvió de múltiples disciplinas para pensar el aparato psíquico. Entre ellas, los mitos y las tragedias ocupan un lugar destacado. No aparecen allí como meras referencias culturales, sino como verdaderas matrices simbólicas que permiten imaginar la estructura del deseo, las relaciones familiares y los conflictos inconscientes.

Aunque a menudo se los nombra juntos, no se trata de conceptos equivalentes. El mito, según plantea Lévi-Strauss (1995), articula un esquema temporal particular que entrelaza la diacronía (la secuencia de hechos) con la sincronía (una estructura relacional fija). Así, el mito no es solo un relato: es una organización simbólica que opera a la vez sobre el pasado, el presente y el futuro. No tiene autor individual: se transmite colectivamente y da forma a tensiones culturales que exceden a quien lo narra.

Las tragedias, en cambio, son obras literarias con autor, estructura formal y una escena delimitada. Aunque muchas se inspiran en mitos, introducen un lenguaje estético propio: el conflicto se representa, los personajes están atrapados en un destino, y hay un cierre. Además, tal como plantea Aristóteles en *La Poética* (1974), la tragedia no solo narra: produce catarsis, una purificación o purgación de las pasiones de piedad y temor. Es en esta capacidad afectiva y transformadora que el psicoanálisis encuentra una afinidad crucial, reinterpreta este concepto como una purga simbólica de lo reprimido.

Como plantea Prieto (2011), hay un vínculo casi misterioso entre el psicoanálisis y el teatro, fundado justamente en esa potencia catártica: trabajar lo no dicho, lo insoportable, lo suspendido por un acontecimiento traumático. Freud se interesa por esta capacidad del mito y la tragedia de dramatizar lo inconsciente, de poner en escena lo que, de otro modo, permanece oculto.

Desde esta perspectiva, el mito no puede entenderse como un conocimiento arcaico o ingenuo, sino como una acción simbólica: una forma de dramatizar los conflictos del psiquismo. Deseos, prohibiciones, mandatos, fantasmas: todo eso se condensa en la escena mítica.

Jean-Pierre Vernant (1996) advierte que el mito organiza lo real a través de oposiciones estructurales (vida/muerte, ley/deseo, masculino/femenino). Esta lógica simbólica se acerca notablemente al modo en que opera el inconsciente. Lejos de ofrecer explicaciones racionales, el mito estructura lo enigmático: aquello que no puede decirse directamente, pero que se impone con fuerza.

Para Freud, entonces, el mito no es solo una referencia cultural: es una herramienta teórica. Cuando recurre al mito de Edipo, no lo hace como filólogo ni como lector de tragedias, sino como alguien que reconoce en ese relato, una condensación simbólica de un conflicto universal. El deseo incestuoso hacia el progenitor del sexo opuesto, la hostilidad hacia el del mismo sexo: estos no son simplemente actos, sino escenas psíquicas que se repiten, reprimidas, en cada sujeto.

Entre las obras que influyeron en Freud —Narciso, Hamlet, Los hermanos Karamazov— *Edipo Rey*, de Sófocles (2001), ocupa un lugar central. En ella, Freud no encuentra simplemente un argumento trágico, sino una estructura que refleja el núcleo de los conflictos neuróticos. En “La interpretación de los sueños” (2020g), formula que Edipo

representa, en forma visible, lo que todo niño desea pero reprime: *matar al padre y acostarse con la madre*.

La tragedia griega, entonces, no es solo una narración ejemplar: es una suerte de pieza clínica. En ella, el mito y la estructura psíquica se reflejan mutuamente. Freud universaliza esa escena y la transforma en una matriz interpretativa del deseo. El mito deja de ser una historia antigua: se reactualiza en los síntomas, los sueños, las elecciones amorosas, los conflictos familiares. Se vuelve teoría.

Otra tragedia que merece atención es *Electra* (2014), también atribuida a Sófocles. Aunque Freud no la utiliza directamente, su discípulo Carl Jung la retoma para formular el llamado “complejo de Electra”, como contraparte femenina del edipo. Si bien esta línea jungiana no será central en nuestro trabajo, nos interesa poner en tensión ambas tragedias —Edipo y Electra— para pensar el lugar de la figura materna en la estructuración del deseo, un punto que Freud deja abierto.

Por eso, si bien el uso que Freud hace del mito de Edipo ha sido fundante, también ha sido revisado y discutido. Autores como León Rozitchner (1999) cuestionan la universalidad de este esquema, proponiendo que no se trata de una estructura psíquica ahistórica, sino de una forma culturalmente situada de organizar el deseo. En su lectura, la figura de la madre —frecuentemente desplazada en las versiones canónicas— adquiere un peso central que abre nuevas posibilidades de lectura.

II. Entre Yocasta y Clitemnestra: figuras de la madre imposible

En el corazón de la teoría freudiana, la figura materna ocupa un lugar tan fundamental como ambivalente. Ella es el primer objeto de amor, quien inaugura las vivencias iniciales de satisfacción. Sin embargo, al mismo tiempo, es un objeto demasiado próximo e indiferenciado, capaz de generar angustia y dependencia. Es en esta tensión donde se juega gran parte de la constitución psíquica infantil.

La madre calma, alimenta, abraza: ella es quien funda el circuito pulsional. Esta experiencia temprana de satisfacción deja una marca imborrable en la vida anímica, convirtiéndose en el modelo originario del deseo. No obstante, ese amor infantil, por su carácter absoluto y exclusivo, pronto se topa con un límite: la imposibilidad de ser plenamente correspondido. Como plantea Freud (2020f) en “Tres ensayos para una teoría sexual” la sexualidad infantil no es inocente ni pasiva, sino que se organiza en torno a una búsqueda activa de placer, inicialmente ligada a zonas erógenas específicas como la boca, la piel y, más tarde, el aparato genital.

Este amor desmedido por la madre, en tanto objeto único, se convierte en una meta inalcanzable. La satisfacción nunca llega a ser plena, y es esta frustración la que empuja al niño a iniciar un camino de desligamiento, que culminará en el reconocimiento de la diferencia sexual y en la reorientación del deseo hacia otros objetos.

Aquí comienza a delinearse un eje central del desarrollo: el paso de una sexualidad autoerótica, centrada en el cuerpo propio, hacia una sexualidad objetal, donde el deseo se dirige al otro. En este tránsito, la madre ocupa un lugar ambiguo: es tanto el objeto amado como el obstáculo a superar. Y es también, aunque aún de modo implícito, una figura deseante. ¿Qué desea la madre? ¿Qué lugar ocupa su deseo en la trama freudiana?

Freud no responde abiertamente a estas preguntas. Si bien tematiza el deseo del niño por la madre —y más tarde lo ubica en el marco del complejo de edipo—, el deseo de la madre como sujeto permanece silenciado o desviado. En su conferencia sobre “La feminidad” llega a afirmar que la sexualidad femenina constituye un continente oscuro, una

región del saber que incluso para el psicoanálisis sigue siendo opaca (Freud, 2020a). Esta declaración, lejos de clausurar la investigación, abre una interrogación crucial: ¿qué lugar tiene el deseo de la madre en su teoría?

La ambigüedad de la figura materna no solo atraviesa la experiencia subjetiva del niño, sino también la teoría que intenta dar cuenta de ella. Y es precisamente esta ambigüedad la que nos permitirá articular más adelante figuras como la madre asesina y la madre asesinada, tal como emergen en las tragedias griegas y en las lecturas contemporáneas del psicoanálisis.

Para comprender más profundamente el lugar de la madre en la constitución subjetiva femenina, es necesario introducir otro momento clave del desarrollo: la fase fálica. Freud (2020d) describe este período como una etapa en la que no hay una representación psíquica clara de la diferencia sexual entre varón y mujer. Lo que prevalece es la primacía del falo, entendido no como órgano anatómico, sino como representación de que todo el mundo está dotado de uno.

Tanto en el niño como en la niña, el falo aparece como el objeto privilegiado. En el caso de la niña, Freud plantea que su órgano rector en esta fase es el clítoris, al que considera homólogo al pene. Sin embargo, ese clítoris —dice en la conferencia 33— no va a serlo por mucho tiempo.

Ello nos autoriza a establecer que en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de su madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual. Hemos de volver luego sobre el papel del clítoris; consideremos ahora la segunda tarea que gravita sobre el desarrollo de la niña. (Freud, 2020a, p.110).

Es decir, deberá ceder su lugar como zona erógena principal para que la sexualidad femenina se "reorienta" hacia la vagina y el deseo de maternidad. Este desplazamiento, lejos de ser simple, inaugura una serie de heridas narcisistas. El momento del descubrimiento de la diferencia anatómica marca un punto de inflexión. Al advertir que no posee el órgano que valora —y que supone universal— la niña experimenta lo que Freud denomina envidia del pene, la cual se instala como experiencia estructurante y, con ella, una profunda desvalorización de lo femenino y en especial, de la madre. Esta no solo aparece como carente, sino también como responsable de esa carencia: no me dio lo que debía darme. No me dio el falo, no me dio suficiente pecho, no me dio suficiente amor.

La entrada en el complejo de castración, entonces, tiene consecuencias cruciales para la niña. A diferencia del niño, que accede al complejo de edipo antes de vivenciar la castración y lo abandona por miedo a ella, en la niña sucede al revés: el complejo de castración es anterior y abre la vía hacia el edipo. Es decir, la niña se vuelve edípica como respuesta a la herida narcisista de la carencia. Cambia su objeto de amor: de la madre al padre, en busca de aquello que le falta.

El resultado es un desplazamiento doble: cambia el objeto (la madre por el padre) y cambia el fin (del amor exclusivo a la madre al deseo de obtener un hijo del padre). La fórmula simbólica que Freud propone para sintetizar este recorrido es reveladora: hijo = pene. El hijo funciona, en la lógica inconsciente, como aquello que puede reparar la pérdida, colmar la falta y restituir el valor.

Pero ese desplazamiento tiene un precio: la caída de la madre como figura ideal. El amor inicial se vuelve reproche, rechazo e incluso hostilidad. Freud sugiere que esta actitud hostil hacia la madre no proviene tanto del edipo sino de una etapa anterior, más primitiva y reprimida, que reaparece y se refuerza en la escena edípica. La madre, que antes fue todo, ahora queda reducida a aquello que no dio, que no fue suficiente, que falló.

Esta ruptura es tan necesaria como dolorosa. Freud (2020b) dice que esta ligazón con la madre debe irse a pique porque solo así la niña podrá abrirse al deseo del padre y al ingreso a la cultura. Sin embargo, la violencia de este corte deja huellas profundas, la niña debe renunciar no sólo a la madre como objeto de amor, sino también a la identificación con ella como figura deseante. Es aquí donde el deseo de la madre empieza a tomar forma de enigma o amenaza, como si conservarlo en el horizonte implicara un riesgo para la constitución de la subjetividad femenina.

Si en la teoría freudiana la figura materna aparece desplazada como sujeto del deseo, es en la tragedia donde esa dimensión retorna, no como concepto, sino como conflicto. En *Edipo Rey* (2001), Yocasta no es solo la madre del héroe, sino también su esposa, su amante y, finalmente, su suicida. Su deseo, aunque nunca tematizado explícitamente, estructura la tragedia tanto como el de Edipo. Sin embargo, es un deseo que Freud deja fuera de escena.

En su lectura del complejo de edipo, Freud privilegia la perspectiva del hijo: el amor por la madre, la rivalidad con el padre, la angustia de castración y la represión. Pero, ¿qué ocurre si desplazamos la mirada? ¿Qué pasa si tomamos a Yocasta no solo como objeto, sino como sujeto? ¿Qué deseo sostiene su vínculo con Edipo? ¿Qué implica su silencio frente al mandato de matar al hijo recién nacido?

Estas preguntas son las que recupera León Rozitchner en *Edipo cristiano, Edipo judío* (1999), al proponer una lectura político-genealógica del mito. A diferencia de Freud, Rozitchner no se detiene en la dinámica intrapsíquica del hijo, sino que pone el foco en los lazos de poder que se transmiten a través de la familia. En ese marco, Yocasta deja de ser una figura pasiva: su silencio frente a la orden del padre (Layo), su aceptación del destino y su posterior relación con Edipo, todo ello configura una posición de complicidad. Para Rozitchner, Yocasta es una madre que participa —aun sin decirlo— de la reproducción de un orden patriarcal y sacrificial.

Esta figura, que Rozitchner (1999) denomina "madre asesina", no ejerce la violencia de manera directa. No es ella quien empuña el cuchillo ni quien condena a Edipo con palabras. Pero su no-intervención tiene consecuencias letales: permite que se perpetúe una lógica donde el hijo debe morir para sostener el mandato del Padre. El crimen, entonces, no es solo incesto o parricidio, sino también en donde se pone la vida del hijo como condición para el mantenimiento del orden.

Este giro tiene efectos decisivos sobre la concepción freudiana del deseo materno. Allí donde Freud se interroga por el momento en que la niña deja de amar a su madre para volverse hacia el padre —desplazando el deseo femenino hacia la pasividad y la espera del hijo como compensación fálica— Rozitchner (1999) interroga el deseo de la madre en tanto transmisora de la ley. Ya no se trata solo de una mujer que ama a su hijo y no sabe que es su hijo, sino de una madre que obedece, que no cuestiona, que consiente la entrega del hijo al mandato sacrificial.

Desde este ángulo, Yocasta encarna una figura materna que ha perdido su potencia deseante autónoma. Su deseo está capturado por la ley del padre, y en esa captura, reproduce la lógica que niega su propia agencia. Es en ese sentido que su silencio no es ausencia de palabra, sino una forma activa de consentimiento. Y es también en ese sentido

que se convierte en figura trágica: porque no puede —o no quiere— interrumpir la cadena de violencia que se transmite a través del parentesco.

Esta lectura reconfigura el complejo de edipo. Lo que se pone en juego ya no es solo la represión del deseo incestuoso del hijo, sino la responsabilidad de la madre en la constitución de ese deseo y en su destino trágico. Retomando lo planteado más arriba sobre la oscuridad de la sexualidad femenina en la teoría freudiana, podemos ver cómo Rozitchner (1999) sugiere que esa "oscuridad" no está en la naturaleza de la mujer, sino en el modo en que la cultura ha silenciado su deseo, o lo ha sometido al mandato de reproducción de un orden que la excede.

A diferencia de Yocasta, cuya posición está marcada por el silencio y la obediencia, Clitemnestra encarna una figura materna activa, deseante y transgresora. En la tragedia *Electra* (2014), la madre no solo ha asesinado a su esposo, Agamenón, sino que lo ha hecho en nombre de una deuda de sangre: el sacrificio de su hija Ifigenia. Esta acción, que busca restituir un orden quebrado por la violencia del padre la coloca sin embargo fuera del marco simbólico aceptado. Ha desafiado el orden patriarcal, ha tomado la palabra, ha actuado. Y por eso, debe morir.

Clitemnestra no encaja en ninguna de las posiciones asignadas a la mujer en la teoría freudiana clásica. No es madre nutricia, ni objeto pasivo de deseo, ni figura ausente. Es una madre que mata y que desea: que tiene un amante, que toma decisiones, que sostiene un poder que no le corresponde. Y es en ese exceso donde se inscribe la tragedia. Porque lo que Clitemnestra transgrede no es solo una ley moral, sino un principio estructural: el lugar que la madre debe ocupar en la economía psíquica de los hijos.

En Freud, la niña abandona a la madre como objeto de amor para dirigirse hacia el padre, en busca del pene perdido. Ese cambio de objeto es también una forma de desactivación del deseo materno. La madre ya no puede ser amada ni deseada, porque eso significaría una permanencia en el autoerotismo o en la identificación primaria. Pero, en *Electra* (2014), la madre no se deja abandonar. Sigue deseando. Sigue actuando. Y ese deseo se vuelve insoportable.

Electra representa entonces la hija que no puede aceptar a una madre deseante. Su odio no es desplazado hacia un rival, como ocurre en el niño edípico, sino dirigido directamente a la madre. Lo que se quiere eliminar no es solo a la madre que mató al padre, sino a la madre que ha traicionado su función: la de sostener el ideal paterno, la de mantener el lugar asignado al deseo femenino.

El matricidio, entonces, se convierte en una operación psíquica: la necesidad de aniquilar aquello que impide a la hija constituirse como sujeto en el marco de un orden donde la madre no puede desear. Clitemnestra, desde la perspectiva de Electra, representa la caída del ideal, la traición del linaje, la amenaza al lugar que la hija busca habitar. Matar a la madre no es solo vengar al padre: es restituir un orden, purgar el exceso, cancelar la dimensión femenina que se ha vuelto peligrosa.

Desde el psicoanálisis, esta escena pone en cuestión el recorrido tradicional del complejo de edipo en la mujer. En lugar de un desplazamiento del deseo hacia el padre, hay aquí un retorno del odio hacia la madre, que no se sublima ni se reprime, sino que se actualiza violentamente. El deseo de matar a la madre —que en Freud aparece como una posibilidad teórica más remota, asociada a la rivalidad en el edipo— se convierte aquí en el centro del drama.

La figura de Clitemnestra, así, permite pensar la categoría de "madre asesinada" no como víctima pasiva, sino como resultado de una transgresión. Es la madre que ha querido más de lo permitido, que ha deseado fuera de los límites y que por eso debe pagar con su

vida. Su asesinato es un acto de restauración del orden, pero también de negación radical del deseo materno.

Desde este punto de vista, Electra no es solo la hija doliente, es también la heredera del mandato cultural que exige que la madre no desee, que se mantenga en su lugar, que no desborde. Al eliminarla, Electra no solo restaura la imagen del padre muerto; también intenta reconstituir su propia subjetividad sobre el rechazo de esa madre que, encarna lo insoportable del deseo femenino.

A lo largo del recorrido realizado, hemos nombrado dos figuras maternas que emergen de la articulación entre mito, tragedia y teoría psicoanalítica: la madre asesina y la madre asesinada. No se trata de categorías literales ni de calificaciones morales, sino de configuraciones simbólicas que condensan fantasías, conflictos y afectos estructurantes en la vida psíquica. Ambas figuras funcionan como estructuras inconscientes posibles y, en ocasiones, incluso como dos caras de una misma moneda.

La madre asesina es aquella que interrumpe o sacrifica la vitalidad del deseo del hijo. No lo hace necesariamente por odio o voluntad consciente, sino por obediencia a un orden previo (como Yocasta), por sumisión al mandato paterno, por represión de su propio deseo o por alineamiento con una ley que exige renunciaciones sacrificiales. Su "asesinato" es muchas veces una omisión: no proteger, no oponerse, no desear otra cosa. Es el rostro del amor que cede al mandato. Desde el punto de vista del hijo, aparece como figura traidora o cómplice, aunque en su interior albergue también culpa, dolor o negación.

La madre asesinada, en cambio, es aquella que se atreve a desear fuera de los límites establecidos, que no encarna la imagen idealizada ni pasiva de la maternidad, y que por eso es castigada simbólicamente por la cultura, por los hijos o por el propio aparato psíquico. Su transgresión —como la de Clitemnestra— suele ser sexual, política o genealógica: toma un amante, mata a su esposo, desplaza el centro de la familia, desafía el orden. Es la madre que deja de ser solo madre, y por eso resulta insoportable, especialmente desde el punto de vista de la hija, que no puede soportar su ambivalencia y la convierte en blanco de odio, escisión o destrucción.

Estas dos figuras —la que asesina y la que es asesinada— no son necesariamente opuestas. En muchos casos coexisten como representaciones inconscientes contradictorias de una misma madre, o incluso de la madre interiorizada que habita en la subjetividad de cada quien. Ambas encarnan la ambivalencia estructural del vínculo materno: amor y odio, sostén y amenaza, nutrición y peligro. Su oscilación señala los límites del pensamiento binario, y obliga a leer la maternidad como campo de fuerzas conflictivas, donde lo deseante y lo destructivo pueden entrelazarse.

Las categorías de madre asesina y madre asesinada, entonces, lejos de ser acusaciones o etiquetas fijas, operan como figuras simbólicas que revelan los puntos ciegos de una teoría que, al universalizar la experiencia masculina, dejó zonas femeninas en sombra. Son nombres posibles para pensar la complejidad del deseo materno, no como patología ni como excepción, sino como parte constitutiva de la subjetividad y de la transmisión psíquica y cultural.

III. La sombra de la envidia: lo materno en clave kleiniana

Si las figuras de la madre asesina y la madre asesinada permitieron pensar la ambivalencia constitutiva del vínculo materno desde una clave edípica y trágica, el concepto de envidia en Melanie Klein nos invita a retroceder aún más en el mapa del psiquismo, hacia una escena originaria en la que el objeto materno es vivido como fuente de placer y

de amenaza al mismo tiempo. Este desplazamiento implica un corrimiento del eje freudiano del deseo y la castración hacia una lógica más arcaica, donde el conflicto no se juega todavía en términos de prohibición, sino de ataque, apropiación y destrucción.

Klein propone una teoría del psiquismo infantil en la que los afectos primarios —especialmente la envidia y la agresión— estructuran el modo en que el yo se relaciona con sus objetos fundamentales. En *Envidia y gratitud* (2004), define la envidia como “ el sentimiento enojoso contra otra persona que posee o goza de algo deseable, siendo el impulso envidioso el de quitárselo o dañarlo”. Además la envidia implica la relación del sujeto con una sola persona y se remonta a la relación más temprana y exclusiva con la madre. (Klein, 2004, p. 186). A diferencia del odio o los celos, la envidia no depende de la falta, sino de la existencia de un objeto demasiado pleno, demasiado bueno. Es esa plenitud lo que vuelve al objeto insoportable para el yo, que no puede tolerar su dependencia ni su vulnerabilidad ante él.

Esta escena inaugural se centra en el cuerpo materno, particularmente en el pecho como primer objeto libidinal. El pecho nutre, calma, colma; pero justamente por eso, también se vuelve blanco del ataque. La ambivalencia fundante de la experiencia con el objeto materno —amarlo y odiarlo, idealizarlo y atacarlo— tiene en la envidia su motor más crudo, porque este afecto no solo desea lo que el otro tiene, sino que busca destruirlo por tenerlo. Así, el conflicto con la madre no nace sólo de la rivalidad edípica o del reconocimiento de la diferencia sexual, sino que se instala desde el comienzo como una tensión destructiva en el corazón mismo del amor.

Este capítulo se propone leer las figuras simbólicas de madre asesina y madre asesinada como expresiones fantasmáticas de esa envidia originaria. No se trata de describir madres reales, ni de asignarles una función fija, sino de pensar cómo ciertas posiciones del psiquismo se inscriben y proyectan sobre la figura materna. Estas figuras condensan, en clave simbólica, los efectos del vínculo escindido con el objeto primario: la madre como persecutora que castiga o priva, y la madre como figura ideal que, al fallar o no colmar, es destruida en la fantasía.

Al situar la envidia como afecto fundante del vínculo con la madre, se complejiza también el modo de pensar la violencia hacia ella. Ya no como mero resultado del edipo o del drama familiar, sino como parte de un campo pulsional más temprano, donde el deseo y la destrucción coexisten sin mediación. Es en ese campo donde las figuras de madre asesina y madre asesinada pueden leerse no como opuestos, sino como dos caras de una misma moneda psíquica: expresiones complementarias de una relación conflictiva con un objeto que es amado, temido y atacado por igual.

En *Envidia y gratitud*, Melanie Klein (2004) desarrolla una de las conceptualizaciones más radicales de la vida psíquica temprana: la envidia como afecto originario, anterior incluso al amor. A diferencia de los celos —que suponen la presencia de un tercero rival— o del odio —que puede surgir de una frustración específica— la envidia se presenta como un afecto primario que emerge frente a un objeto percibido como bueno, completo, y por ello mismo, insoportablemente deseado. Se trata, según Klein, de un impulso no solo de posesión, sino también de destrucción: no basta con tener lo que el otro tiene, sino que se quiere arruinar o arrasar ese bien en el otro por el solo hecho de que lo posee.

Esta formulación rompe con la idea de un origen del psiquismo anclado únicamente en la búsqueda amorosa o en la frustración de la satisfacción. En la teoría kleiniana, el lactante no sólo ama al pecho materno que lo nutre, sino que también lo envidia: lo ataca en la fantasía, lo muerde, lo vacía, lo vuelve malo. El pecho materno, en tanto primer objeto, es vivido como portador de una plenitud imposible: contiene el alimento, el placer, la calma, la

vida. Pero esta vivencia de completud es precisamente lo que despierta en el yo infantil un afecto devastador: la imposibilidad de apropiarse completamente genera una tensión que se resuelve mediante el ataque fantaseado al objeto.

La envidia aparece entonces como una respuesta psíquica estructurante frente a la dependencia. Frente a un objeto del que se depende para sobrevivir —el pecho, la madre— el yo infantil reacciona no solo con gratitud o amor, sino también con hostilidad destructiva. Esta hostilidad no es simplemente reactiva; es constitutiva. La relación con el objeto está desde el inicio marcada por la ambivalencia entre la necesidad de preservarlo y el deseo de aniquilarlo.

Para dar cuenta de este dilema, Klein (2004) introduce la idea de posición esquizoparanoide, una configuración psíquica temprana en la cual el yo escinde al objeto en dos mitades: un objeto bueno (idealizado, proveedor, protector) y un objeto malo (frustrante, persecutorio, dañino). Esta escisión permite sobrevivir a la contradicción intolerable de amar y odiar al mismo objeto. Pero también impide la integración emocional y genera un modo de relación donde el odio proyectado convierte al objeto en amenaza. En este punto, la envidia no es solo un afecto, sino una forma de relación: el objeto no es simplemente amado u odiado, sino activamente escindido, atacado, idealizado y destruido.

Más adelante, el pasaje a la posición depresiva implica la integración de estos aspectos escindidos. El yo comienza a reconocer que el objeto amado y el objeto odiado son uno solo, y este reconocimiento genera angustia, culpa y un deseo de reparación. En términos psíquicos, la posibilidad de amar genuinamente solo aparece cuando el sujeto puede tolerar la ambivalencia. Pero esta integración nunca es total ni definitiva. La envidia sigue operando, como una corriente subterránea que puede reactivarse ante experiencias de frustración.

Desde esta perspectiva, la figura materna no se presenta como un objeto profundamente ambivalente. Puede ser experimentada como fuente de vida o como amenaza persecutoria. Esta dualidad es lo que habilita la construcción de figuras simbólicas como la madre asesina o la madre asesinada: expresiones que dramatizan —en el plano del mito, de la literatura o del inconsciente— la tensión estructural que organiza el vínculo con el objeto materno.

Las figuras de la madre asesina y la madre asesinada, que en el capítulo anterior aparecían articuladas a la lógica edípica y al campo de la ley, pueden ser pensadas ahora desde una temporalidad más arcaica, como condensaciones simbólicas de la envidia temprana al objeto materno. Esta nueva lectura, desde el modelo kleiniano, no reemplaza la anterior, sino que la complejiza y la profundiza: lo edípico y lo preedípico se entrelazan como niveles superpuestos del conflicto con la madre.

La madre asesina, en esta clave, no representa solo a la mujer que colabora con la ley del padre o a la madre que falla en proteger al hijo, sino que también puede ser leída como proyección de una fantasía destructiva originada en la envidia. Es la madre sentida como persecutoria, invasiva, omnipotente: aquella que posee un bien inalcanzable —el pecho, el poder, el deseo, la ley— y que se vuelve blanco de la agresión por ser depositaria de esa plenitud intolerable. Esta madre asesina es en parte un efecto de escisión: es como la cara mala del objeto bueno, aquella parte del objeto que el yo no puede integrar y por eso ataca, destruye o proyecta hacia afuera.

Por otro lado, la madre asesinada puede pensarse como el reverso de esta misma operación. No es solo la madre que transgrede y es castigada por la ley, como en el caso de Clitemnestra, sino también aquella figura idealizada que decepciona, que no colma, que abandona o que —al no ser tan buena como se deseaba— es destruida en la fantasía. Esta

destrucción no es venganza, ni castigo moral, sino un movimiento psíquico defensivo frente al dolor de la dependencia. La madre asesinada encarna el drama del objeto bueno que no está a la altura de lo que el yo necesita que sea. Y por eso es atacada, denigrada, anulada o expulsada.

Estas dos figuras —asesina y asesinada— no se oponen entre sí, sino que forman parte de una misma economía libidinal, donde el objeto materno es el eje de una oscilación constante entre idealización y ataque. En términos kleinianos, ambas pueden ubicarse como configuraciones simbólicas de la posición esquizoparanoide, donde el objeto es dividido, perseguido, amado y odiado al mismo tiempo. Pero también pueden leerse como restos simbólicos que sobreviven incluso cuando el yo ha accedido a una posición más integrada. La ambivalencia no desaparece: se transforma, se simboliza, se dramatiza en las fantasías, en los mitos, en las narrativas culturales que repiten —una y otra vez— el conflicto irresuelto con el objeto materno.

De este modo, las categorías de madre asesina y madre asesinada permiten leer, desde el psicoanálisis, el modo en que la envidia como afecto estructural se inscribe en la vida psíquica y se proyecta sobre la figura materna. Ya no se trata únicamente de comprender la relación madre-hija/hijo desde la dialéctica del edipo, la ley y la castración, sino de introducir la dimensión más cruda del vínculo temprano: aquella en la que el objeto amado también es vivido como insoportable, y donde el amor, para poder sostenerse, necesita atravesar la prueba del odio y la destrucción fantaseada.

CONCLUSIONES

Este trabajo nació de una pregunta inicial que parecía sencilla, pero que pronto se reveló como un enigma inagotable: ¿qué lugar ocupa la madre en el psicoanálisis y qué nos dicen las tragedias griegas, tan fundamentales para Freud, sobre la feminidad y sus destinos? Esa inquietud marcó el rumbo de la investigación y, como todo viaje, fue transformando la pregunta inicial a medida que avanzaba.

Al volver sobre *Edipo Rey*, apareció Yocasta, una madre atrapada en el mandato del padre y en la obediencia a un destino que la excede. Allí emergió la figura de la madre asesina: no como una culpable, sino como alguien que, al quedar despojada de deseo propio, se convierte en engranaje de una maquinaria simbólica que la obliga a renunciar a su hijo. Más tarde, en *Electra*, fue Clitemnestra la que iluminó el otro polo: una madre deseante, autónoma, que se atreve a transgredir el orden patriarcal, pero cuyo destino es ser castigada con la muerte. Así se configuró la imagen de la madre asesinada, esa figura que encarna lo insoportable de la potencia femenina cuando no se ajusta a los márgenes de lo permitido.

En ese recorrido, las lecturas de Freud, Klein y Rozitchner abrieron perspectivas complementarias. Freud mostró cómo la figura materna queda relegada en el complejo de Edipo y cómo la sexualidad femenina se explica desde la carencia. Klein permitió situar la ambivalencia originaria del vínculo con la madre, donde el amor convive con la envidia y el odio. Y Rozitchner, al volver sobre la tragedia, permitió pensar a Yocasta ya no como una víctima muda, sino como la encarnación de la madre asesina, atrapada por un mandato que niega su deseo.

El itinerario recorrido fue confirmando lo que desde el inicio se intuía: que la madre, lejos de ser un lugar secundario o transparente, es un espacio de contradicciones. La madre asesina y la madre asesinada son dos modos simbólicos de representar esa tensión fundamental entre el deseo materno y la ley patriarcal que lo limita o lo castiga.

Pero este trabajo no queda solo en el campo teórico. La pregunta por la madre atraviesa también a nuestra sociedad actual. En un contexto donde los debates feministas y las luchas por la autonomía del deseo siguen interpelando a las instituciones y a los discursos heredados, pensar de nuevo la figura materna se vuelve urgente. Recuperar estas imágenes trágicas y psicoanalíticas nos ayuda a comprender cuánto pesan todavía esos mandatos antiguos, y al mismo tiempo abre la posibilidad de imaginar maternidades y feminidades menos condenadas a la renuncia o al castigo.

Así, el punto de llegada no es una respuesta definitiva, sino la constatación de que la madre sigue siendo un enigma y un campo de disputa simbólica. Este ensayo buscó iluminar algunas de sus figuras, mostrar cómo se entrelazan con la teoría psicoanalítica y con la cultura, y dejar abierta la posibilidad de que, al mirarlas de nuevo, podamos inventar otros modos de nombrar y vivir lo materno. Porque allí, en ese espacio de ambivalencia y deseo, se juega no solo la historia de cada sujeto, sino también las formas de nuestra vida común.

En definitiva, pensar a la madre como asesina o asesinada no fue sino una manera de adentrarse en sus paradojas: amada y odiada, protectora y verduga, sostén y vacío. Estas figuras, tomadas de la tragedia y del psicoanálisis, nos muestran que lo materno nunca es un lugar sereno ni acabado, sino un territorio de tensiones donde el deseo y la ley se enfrentan. Quizás lo que queda al final de este recorrido no sea una respuesta definitiva, sino la certeza de que la madre sigue siendo un enigma vivo, que atraviesa los cuerpos y las culturas, que organiza silencios y también resistencias.

Pensar en ella hoy, en un tiempo en que los feminismos interpelan con fuerza las viejas narraciones sobre lo femenino, es también un modo de intervenir en lo social: de abrir grietas en los discursos heredados, de cuestionar las condenas y los mandatos, de imaginar otras formas de ser madre, hija, mujer o sujeto. En esa encrucijada entre tragedia y teoría, entre deseo y violencia, late la posibilidad de inventar futuros distintos, donde lo materno no tenga que ser reducido a víctima ni a amenaza, sino escuchado en su complejidad, en su potencia y en su ambivalencia irreductible.

REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Aristóteles. (1974). *La poética*. Madrid: Gredos.
- Freud, S. (2020a). Conferencia 33: la feminidad. *En Obras Completas*, Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freud, S. (2020b). Sobre la sexualidad femenina. *En Obras Completas*, Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freud, S. (2020c). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. *En Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freud, S. (2020d). La organización genital infantil. *En Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freud, S. (2020e). Sepultamiento del complejo de Edipo. *En Obras Completas*, Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freud, S. (2020 f). Tres ensayos de una teoría sexual. *En Obras Completas*, Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Freud, S. (2020g). La interpretación de los sueños. *En Obras Completas*, Tomo IV. Buenos Aires: Amorrortu ediciones.
- Klein, M. (2004). Envidia y gratitud. *En Obras Completas, Tomo III*. Barcelona: Paidós.
- Rozitchner, L. (1999). "El Edipo cristiano / El Edipo judío". Buenos Aires: Colihue.
- Sófocles. (2001). *Edipo rey*. Chile: Pehuén ediciones.
- Sofocles. (2014). *Electra*. E-artnow. Recuperado de: <https://biblioteca.org.ar/libros/150271.pdf>
- Prieto Fernández, D. (2011). *Tragedia y psicoanálisis*. Dialnet. Universidad de Madrid.
- Lévy-Strauss, C. (1995). *Antropología estructural*. La estructura de los mitos. México: Paidós.
- Vernant, J-P. (1996). *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona: Editorial Ariel.

